

## ***PABLO Y EL DRAGÓN***

### ***Les Paul***

«Las gentes del reino aún recuerdan como si fuera ayer cuando el dragón se adentró en el valle e, irguiéndose colosal, preguntó por Pablo con su voz ominosa. Pasaba a veces: aparecía y la tomaba con alguien, a saber por qué, y no cejaba hasta que uno de los dos era derrotado. Lo malo era que luego siempre iba a por otro; nunca se cansaba. Los hechiceros del reino estaban empleando su sapiencia arcana para crear un conjuro con el que el dragón no volviera a molestar a nadie, pero todavía tenían mucho trabajo por delante, al parecer.

Desde que fue retado por el dragón, sus padres y abuelos disimulaban constantemente: se enjugaban las lágrimas a sus espaldas y, cuando se dirigían a él, esbozaban una sonrisa forzada, delatada por una mirada discrepante. Pero Pablo era un niño, no tonto, así que se daba cuenta. Por eso, cuando partió de su hogar para afrontar su destino, les dijo que estuvieran tranquilos, que vencería. A Pablo le pareció que eso los puso aún más tristes, pues lloraron sin que ningún ardid pudiera ya hacer nada por encubrir su dolor. Él entonces no lo sabía, pero en realidad lloraban porque les conmovía su valentía.

Y no era para menos, porque había que ser valeroso para encarar a la bestia con tal aplomo, pues todos sabían que era poderosa, temible. Cruel. Pero Pablo estaba convencido de que se la podía vencer. No había sido el primer caballero en tener que combatirla, y muchos le habían hecho morder el polvo. Siendo él el más aguerrido guerrero que jamás había conocido el reino, no iba a ser menos, decía.

Por eso, cuando al fin se las vio cara a cara con el dragón, galopó hacia él decidido. Sin embargo, desconocía su verdadero poder, cómo el monstruo dominaba las tretas y artimañas más sibilinas para esquivar las estocadas y contraatacar con saña despiadada, y acabó saliendo trasquilado del encuentro. Sus garras le dejaron postrado, su fuego le arrebató su cabello dorado y el miedo, hasta entonces una simple travesura de su imaginación que tornaba sombras en hombres del saco, se transformó en algo tan real como el dolor.

Los magos le suministraban pócimas mágicas que le otorgaban mayores posibilidades de sortear las dentelladas y los coletazos, las llamaradas y los zarpazos del monstruo. Lo malo es que le sentaban mal. Ya se lo habían advertido, pero era incluso peor de lo que le habían dicho: perdió las fuerzas, el apetito y, si no hubiera sido tan valiente, hasta le habrían robado el brillo de su mirada. Fue por ello que, durante su siguiente batalla, y aprovechándose de su debilidad, el dragón le hirió tan gravemente

que los magos tuvieron que enredar en sus tripas para sanarle. Él no recordaba mucho, pero una gran cicatriz lo haría por él el resto de su vida. Daba igual, porque, cuando al fin venciera, se la podría mostrar a todos sus amigos y así ninguno de ellos dudaría jamás de su valentía.

Los enfrentamientos continuaron, pero las victorias de Pablo resultaban pírricas, insuficientes para causar verdadera mella en la piel escamada de la bestia. Entonces, cuando las esperanzas parecían desvanecerse, los magos le hablaron de un arma poderosa, una con la que podría derrotar al dragón para siempre. Había sido blandida por otro caballero, pero a él no le iba a hacer ya falta, así que se la legaba a Pablo para que afrontara su batalla.

Los magos prepararon todo lo necesario para ceder la prodigiosa arma a su nuevo portador, pues su encantamiento exigía de un preciso ritual para ser transferida. Pablo se puso su armadura nívea y subió a lomos de Ruedines, su fiel corcel. «¡Ahora, infame dragón, no tendrás ninguna posibilidad contra mí!», dijo antes de dirigirse a la ceremonia.»

—Pablo, ya está preparado el quirófano. ¿Estás listo? —preguntó el celador una vez el hombre evidenció, al levantar la vista del folio y retirarse las gafas de lectura, que había terminado.

Pablo asintió y se giró hacia el hombre.

—Está quedando muy guay, abu. Aunque hay algunas palabras que no entiendo muy bien...

—Bueno, ya lo harás. Lo importante es que entiendas la historia, lo que significa...

—Eso sí que lo entiendo... —Pablo hizo una pausa y bajó la cabeza antes de volver a mirar a su abuelo y proseguir— Entonces... ¿Al final, Pablo vencerá al dragón?

—¿Cómo que si vencerá al dragón? —dijo el hombre exagerando su indignación— ¿Conoces algún cuento en el que el héroe caiga derrotado? ¿Alguno en el que al final no coman perdices?

—No...

—¡Pues entonces! ¡Vaya pregunta! —exclamó el abuelo, tornando al final su expresión vehemente por una sonrisa cálida.

El celador ayudó a Pablo a sentarse en Ruedines y lo guió hasta la puerta, pero antes de que la cruzaran, el niño se giró de nuevo hacia su abuelo. Este descendió su mano desde la frente hasta los ojos, simulando que bajaba la visera de un yelmo imaginario. Pablo sonrió y lo imitó antes de volver la vista al frente.

Su abuelo relajó sus facciones, agotadas de bregar con los impulsos que le ordenaban compungirlas. Miró a través de la ventana de la habitación sin ver, hasta que regresó el celador con la silla de ruedas vacía.

\*\*\*

—Papá, pero, ¿dónde está mamá?

—Sí, ¿por qué no podemos verla?

—Bueno —dijo Pablo—, ya sabéis que mamá está algo malita...

—Malita, ¿cómo? Si no tiene tos.

—No, no tiene tos. Tiene una cosa en su cuerpo que no funciona bien.

—¿Y por qué?

—Bueno, porque a veces pasan esas cosas...

—No lo entendemos, papá.

—¿Se va a poner bien? —Al niño se le arrugó el mentón pese a sus esfuerzos por evitarlo.

—¿Cómo que si se va a poner bien? —dijo Pablo, imitando sin darse cuenta cierto gesto que, sin saberlo, atesoraba en su memoria— ¡Vaya pregunta!

Observó las caras de sus hijos unos instantes. Rostros de desconocimiento, de incertidumbre. De miedo. Le parecía haber visto esa expresión hacía muchos años, reflejada en los ojos de un anciano.

—¿Sabéis? —añadió Pablo mientras se sentaba en la cama. A continuación, les indicó a sus hijos con unas palmadas en la colcha que tomaran asiento a su lado. Cuando lo hicieron, comenzó a hablar empleando un tono que conocía bien:

—Érase una vez una valerosa dama, la más noble y bondadosa que el reino hubiera conocido jamás. Un día, un dragón, enorme y feo, se adentró en el valle y la tomó con la valiente dama...